

LEFEVERE, André (1992). *Translation/History/Culture*. Londres: Routledge.

MOUNIN, Georges (1963). *Les Problèmes théoriques de la traduction*. París: Gallimard.

NIDA, Eugene A. (1963). *Toward a Science of Translating: with special reference to the principles and procedures involved*

hology of essays from Dryden to Derrida. Chicago: Chicago University Press.

SPRANGER, Eduard (1920). *Lebensformen. Geisteswissenschaftliche Psychologie und Ethik der Persönlichkeit*. Halle: Niemeyer.

STÖRIG, H.-J. (ed.) (1963). *Das Problem des Übersetzens*. Stuttgart: H. Goyerts

and similar papers at core.ac.uk

provided by Dip

guage and Translation from Cicero to Tytler. Amsterdam: Rodopi, 1989; Manchester: St. Jerome, 2000.

UMIST, Manchester

SCHULTE, Rainer; BIGUENET, John (eds.) (1992). *Theories of Translation. An ant-*

Pilar Orero
Universitat Autònoma de Barcelona
Facultat de Traducció i d'Interpretació

VIDAL CLARAMONTE, María del Carmen África

El futuro de la traducción: Últimas tendencias, nuevas aplicaciones

Valencia: Alfons el Magnànim, 1998

Si, como afirma Vidal en este volumen, el siglo xx ha sido «el siglo del lenguaje» (p. 122), existen motivos para sostener que también se ha erigido en el siglo de la traducción; una traducción que va más allá de factores morfosintácticos y semánticos y que se convierte en reescritura cultural, en comentario ideológico, en interpretación diferente y en ecos de tonalidades polifónicas.

Estudiar, por tanto, algunas de las corrientes traductológicas más decisivas de este siglo —como hace la autora de *El futuro de la traducción*— constituye una tarea absorbente, que sorprende a los lectores a cada paso. Y quizá sea ésta una de las principales cualidades del libro: Vidal se sabe «reescritora» de una tema apasionante y no puede evitar contagiarnos su entusiasmo con una prosa que fluye con elegancia y que, en ocasiones, nos desborda por su vehemencia.

En esta empresa, además, la autora tiene claro su destino desde los compases iniciales del libro. Sabe bien hacia dónde se dirige y pautas la ruta con precisión. Esto queda claro ya en el título y subtítulo del libro. Como en el título (*El futuro de la traducción*), el principal objetivo de la autora mira,

sin duda, hacia adelante y busca proponer una nueva metodología que haga frente a los retos venideros. Vidal cumple su objetivo cuando en el capítulo noveno, y con la ayuda de Foucault entre otros, nos desgana las tres etapas de su enfoque traductológico: arqueología del saber, genealogía del poder y ética de la traducción. El extenso repaso que se da a algunas de las teorías de mayor relevancia del siglo xx (las *Últimas tendencias, nuevas aplicaciones del subtítulo*) es, en definitiva, una meta secundaria, un medio para alcanzar el objetivo primordial. No por ello, sin embargo, pierde esta revisión teórica su importancia, ya que el futuro de la traducción ha de cimentarse sobre el conocimiento riguroso del pasado (en este caso reciente) de nuestra disciplina.

El libro consta de 9 capítulos y un epílogo bibliográfico en los que la autora se aproxima con cautela a su propuesta teórica tripartita. En la introducción, Vidal se hace eco del tango «Cambalache» para presentar, en dos páginas, el contenido del volumen («las teorías que a mi modo de ver más han modificado el panorama teórico de los estudios de traducción» —Toury, Lefevere,

Gadamer, y las críticas desconstructivistas y feministas— así como «una nueva teoría que aplica los conceptos foucaultianos de arqueología y genealogía», p. 8); la motivación que la ha llevado a escribirlo («Lo que intento en estas páginas es demostrar que las últimas teorías están-en-el-mundo», p. 8); y la perspectiva post-estructuralista desde la que se contempla («aunque de un modo crítico», p. 8) la traducción.

Acto seguido, en el primer capítulo —«En el principio fue el verbo. En el fin, el lenguaje»—, se inicia una reflexión que avanza en dos direcciones. Por una parte, se alude al «giro lingüístico» en la traducción, cuyos representantes han pasado de centrar su atención en componentes morfosintácticos aislados a estudiar el texto en su conjunto e incluso a abordar los condicionantes extralingüísticos del mismo. Por otra, se hace referencia a postulados básicos del pensamiento post-estructuralista, para el que los textos son caleidoscopios de significados parciales y contradictorios y el lenguaje es, en el fondo, un espejismo sin fundamento, que se manipula irremisiblemente. La autora, en consecuencia, encara los capítulos siguientes con una doble convicción que la lleva a afirmar, por una parte, que «la lingüística ofrece hoy, por tanto, un punto de partida rico y sugerente» (p. 13) y, por otra, que todo traductor ha de superar el análisis puramente lingüístico para incorporar «la multiplicidad y heterogeneidad» de la traducción (p. 27). Y a partir de ese momento, Vidal también nos hace partícipes de la multiplicidad y heterogeneidad de las últimas corrientes traductológicas que, a su modo de ver, pueden complementar y enriquecer otros enfoques lingüísticos.

Tras dibujar en el segundo capítulo —«El mapa no es el territorio»— el conocido esquema con el que Holmes (1976) representa el ámbito de los estudios de traducción, Vidal describe en el tercero —«De la equivalencia a la norma»— el salto teórico que da la disciplina cuando aparca el concepto de equivalencia (de componentes aislados, de textos y de culturas) y adopta el

utilaje normativo por el que aboga Toury, entre otros. La autora se acerca a la tipología y al comportamiento de las normas de traducción porque considera que éste es un primer paso para descubrir las motivaciones y estrategias de los traductores.

Con ese mismo propósito, en los siguientes capítulos (tercero a séptimo), se desplaza de teorías básicamente descriptivas a otras más explicativas de la mano de Lefevère, Gadamer, la desconstrucción y las traductoras feministas. Siguiendo de cerca a André Lefevère, se evalúa —en «La cultura como unidad de traducción»— la influencia de la ideología en la tarea del traductor, que se entiende como un «trabajo de transformación que se produce gracias a una teoría, a un campo conceptual en el cual se crea el producto final y donde se plantean los problemas, las estrategias y las soluciones posibles» (p. 61). En «El traductor como intérprete», se parte de la concepción hermenéutica gadameriana para después desarrollar la teoría de la antropofagia brasileña, según la cual el traductor se convierte en «intérprete/devorador» al tiempo que re-creador de textos y culturas. «Traducir desde la desconstrucción» revisa el uso de las nociones clave de esta corriente filosófica en nuestra disciplina y sirve de trasfondo a «Teorías feministas de la traducción», donde se presentan los modelos teóricos y prácticas metodológicas que emplean pensadoras, especialmente canadienses, para subvertir el *statu quo* traductológico.

Tras este recorrido teórico, no resulta de extrañar que la autora acuda a planteamientos foucaultianos cuando, en el octavo capítulo, aborda el objetivo de proponer un «nuevo» enfoque que se proyecte hacia «el futuro». Este enfoque significa la simbiosis de los marcos descriptivos y explicativos que han conformado la base de su argumentación e incorpora una faceta ética que está presente en líneas investigadoras como la feminista. En definitiva, Vidal propone un esqueleto teórico que consta de tres partes: arqueología del saber (o descripción de los fenómenos traductológicos), genealogía del

poder (o explicación del engranaje que posibilita, fomenta o impide la traducción) y finalmente una ética transversal, según la cual el traductor ha de actuar como motor de cambio en el entorno donde habita y que garantiza que la traducción y sus teorías «están-en-el-mundo», como se anunciaba al comienzo del libro.

La autora clausura este volumen con un capítulo de cierre (el noveno) y con una exhaustiva recopilación bibliográfica en la que pone de manifiesto su dominio tanto de los estudios de traducción como de otras disciplinas —filosofía y literatura—. Este epílogo bibliográfico nos descubre la alineación de Vidal con los estudios culturales y hace partícipe al lector no sólo de referencias básicas en este campo sino también de otras fuentes mucho menos conocidas. Cabe destacar la presentación del material bibliográfico, que resume el talante que define el libro. Vidal mezcla los rasgos más canónicos del subgénero (es ésta una bibliografía completa, que cuida los detalles tipográficos y consigna las obras que se han mencionado anteriormente) con un título —«Ecos, intertextos y re-escrituras»— que podría considerarse claramente subversivo. Al etiquetar la bibliografía de este modo, Vidal pone en práctica el post-estructuralismo del que parte: todo documento es la «re-escritura» de una serie de «re-escrituras» previas; la originalidad no existe, sólo los ecos e intertextos del pasado.

Si, como se recoge al comienzo de la reseña, una de las principales cualidades de *El futuro de la traducción* es que la autora se sabe «re-escritora» de un tema apasionante, quizá la otra gran característica del libro sea, por consiguiente, que en él se aplican los conceptos teóricos que se exponen a lo largo de sus páginas. Cuando Vidal afirma:

La labor del traductor debe ser, pues, un espacio abierto, un campo en el que la multiplicidad y la heterogeneidad puedan ubicarse (p. 27).

Refrenda sus palabras con una bibliografía multidisciplinar en la que da cabida a corrientes de pensamiento bien distintas (y no sólo a las voces anglosajonas que monopolizan los estudios de traducción).

Cuando defiende la importancia de la polifonía, acentúa las distintas voces de su escrito yuxtaponiendo, sin transición alguna, el texto en castellano y resonancias en otras lenguas:

En opinión de Eco, es posible llegar a encontrar una especie de principio popperiano «according to which there are no rules that help to ascertain which interpretations are the 'best' ones, there is at least a rule for ascertaining which ones are 'bad'» (p. 79).

De la misma forma que habla de

La traducción como actividad desestabilizadora de la cultura, en un fin de milenio caracterizado por la globalización, los estilos y orígenes múltiples, las migraciones, las comunicaciones transnacionales, el reciclaje, el lenguaje como constructor de realidad, las relaciones de poder que informan de los intercambios culturales contemporáneos, la hibridación y la movilidad de identidades (p. 153).

Así también Vidal, que hace gala de un castellano elegante y vigoroso, utiliza la tipografía para «desestabilizar» términos especialmente significativos (como desplazamiento, re-escritura, están-en-el-mundo...) con los que «da vida a [la] diferencia» (p. 152). «Diferentes» son también los estilos que integran el libro. Capítulos como «El mapa no es el territorio» —donde se ofrece al lector una «descripción» (en el más puro sentido foucaultiano) académica de las teorías propuestas por relevantes estudiosos— coexisten con otros como «En el principio fue el verbo. En el fin, el lenguaje», que se convierten en palimpsestos de saber. En ellos predomina un lenguaje metafórico —más literario que académico— que descubre, bajo sus muchas capas, una esencia más com-

pleja. Y no sólo metafóricos y literarios sino también subversivos son estos capítulos, porque la autora nos enseña, con ellos, que es posible «otra» forma de investigar sobre fenómenos traductológicos, alejada del positivismo y cientifismo que abunda en el mundo anglosajón.

Son sólo dos, en mi opinión, las matizaciones que podrían hacerse a *El futuro de la traducción*. En primer lugar, el libro adopta, en ocasiones, un estilo prescriptivo que desentona con la filosofía post-estructuralista que lo inspira:

Al traducir al otro no podemos imponer nuestra subjetividad. Se tiene que evitar lo que Spivak llama traducción absoluta intercultural (p. 119) [«¿por qué no podemos hacerlo?», cabría preguntarse].

Sin embargo, hay que reconocer que el tono prescriptivo es una excepción en la totalidad del volumen. Podría incluso argüirse que dicho tono forma parte de la nueva ética que defiende la autora. El traductor del futuro, recomienda, describirá y explicará la realidad que lo circunda. Pero también habrá de posicionarse públicamente con respecto a la misma, aun a riesgo de que se lo acuse de prescriptivo.

En segundo lugar, en *El futuro de la traducción* tan sólo se esboza —a muy grandes rasgos— la nueva teoría tripartita que propone Vidal. Una aplicación práctica más extensa y detallada se hace necesaria. En el fondo lo que ocurre es que nos hemos quedado con ganas de más y esperamos con interés futuros trabajos de la autora en los que desarrolle la teoría que aquí propone.

En resumen, es éste un libro acerca del futuro de la traducción que se asienta sobre teorías de un pasado reciente. Dichas teorías nos indican que la traducción del siglo XXI será multidisciplinar y polifónica, que estará-en-el-mundo y que se dedicará a describir y explicar los textos que nos hacen ser lo que somos. Y en esa descripción y explicación será inevitable pensar. Si, como nos recuerda Vidal, en su introducción a *El uso de los placeres*, Foucault afirma, poco antes de morir, que pensar es *penser autrement*, pensar de otro modo (p. 148),

habremos de concluir que la traducción que nos espera será precisamente eso: *penser autrement*.

María Calzada Pérez
Universitat Jaume I

Departament de Traducció i Comunicació